

Batallas solitarias sin soledad

Blanca Zharks

Las cosas, bien podían haber sucedido de cualquier manera, pero finalmente sucedieron así: insólitas. Me encontraba frente a un público bastante difícil, niños de entre los 6 a 45 años mirándome fijamente, que durante mi actuación y lectura de un libro, mi libro, no osaban unos más que mirarme extrañados, otros mirando al cielo y unos más soñadores perpetuos.

¿Quién era yo, para luchar la guerra personal que se enfrenta cuando uno decide leer? Nadie.

Pero, me repetía mentalmente todo el tiempo: *el show debe continuar*. Con magia atravesada y con un as bajo la manga: *el final*, pregunte despertando a todos.

— ¿Quieren saber si nuestro guerrero recupera su alma?— Entusiasmados, y esperando que la respuesta sea benéfica y predecible, cierro el libro sorpresivamente, plasmando en cada uno de ellos: la duda, oh, secreto que mantengo oculto para que la curiosidad los orille a explorar el libro y descubrirlo por cuenta propia, pues finalmente la lectura en soledad, cultiva las dotes de la imaginación, tomando en cuenta que no se trata de una soledad desierta, sino aquella en la que conversamos en un diálogo que debe darnos no los frutos del autor sino de nuestras propias invenciones.

Cuando termine, aliviada como todos los demás, tome el tiempo para recoger todas las hojas con dibujos que minutos antes había lanzado presa de la emoción inicial, al terminar, un pequeño me toma de la mano y un poco desesperado me dice —Por favor cuéntame el final, ¿encuentra su alma?, ¿se queda sin ella?, no voy a poder dormir— Y yo, pensando que se trataba de un pequeño que quería hacer trampa le sugerí que leyera el libro; lo que me contestó, me dejó pasmada, él solo sabía leer en braille.

Entendí todo. Aquella noche, la que no pudo dormir fui yo. Un pedazo de alma se me había fugado, y como el aventurero de mi historia, me decidí a buscarla.

Entre papeles, deseos y una misión de por medio, me tome a la tarea de no sólo crear, sino de explorar un mundo en tinieblas y tomar como espada: La imaginación de lo que no se puede ver, sólo *sentir*. Y cuando por fin logre el acto de magia, busque al pequeño Jaime —que ahora ya era un adolescente— para darle no sólo un libro que él y otros pequeños pudiesen leer con las manos, sino un pedacito de mi alma por fin encontrada.

Se alegró tanto al abrazarme y sentir que ahora yo era la pequeña con mis 1.50cm de altura. Leímos con los dedos juntos, por fin un libro, mi libro sin limitación. Que tan cierto es que la lectura y la escritura, deben siempre ser un diálogo en solitario, que te hagan sentir todo, menos soledad.

Creo que no hay mejor héroe, que aquel que te muestra un camino nuevo, pues Jaime, no sólo fue el único que ese día me prestó atención atentamente, sino que le dio un giro de ciento ochenta grados a mi vida, mostrándome que desde mi trinchera: las letras, puedo y haré que todos liberen la batalla solitaria de leer, sin miedo, sin fronteras, sin exclusión.

David Bowie, que razón tenías, maestro. Todos podemos ser héroes, aunque sea sólo por un día.